



Comunicación y Derechos Humanos

Los medios y el proceso de paz: elementos para un balance necesario

Fabio López de la Roche*

Una reflexión sobre el papel de los medios en el cubrimiento del proceso de negociación con las FARC durante el gobierno de Andrés Pastrana, su responsabilidad social en el tratamiento del conflicto armado con la insurgencia y los procesos de negociación y de búsqueda de la reconciliación nacional, elementos vitales para el futuro de Colombia.

Contenido

Los medios como *una* parte del problema

Los medios como *espacio clave* en la producción de la información y la comunicación del conflicto armado y la negociación de paz

El empobrecimiento del debate público y la ausencia de agendas en los medios para orientar el cubrimiento del conflicto y la negociación de paz

Las omisiones desde los géneros y formatos de opinión

El poco o nulo seguimiento crítico de la política gubernamental de paz

La puesta en escena sensacionalista y melodramática del conflicto y la negociación en los propios formatos de opinión

El estímulo de actitudes viscerales y condenatorias hacia la insurgencia, *versus* la necesidad de su interpelación crítica y argumentada

Sugerencias finales a título de cierre

Quiero presentar aquí algunas ideas a título de reflexión sobre el papel de los medios en el cubrimiento del proceso de negociación con las FARC durante el gobierno de Andrés Pastrana y en torno a la responsabilidad social de los mismos en el tratamiento de asuntos vitales para el país como son el conflicto armado con la insurgencia y los procesos de negociación y de búsqueda de la reconciliación nacional. No pretendo aquí realizar un análisis exhaustivo de las relaciones entre los medios y el proceso de paz. Algunos aspectos que resultan muy relevantes para la comprensión de la comunicación del proceso de paz y que tienen que ver con las concepciones de la comunicación y del sistema de medios con las que funcionan los actores de la guerra y del proceso de paz (por

ejemplo, los militares, la insurgencia de las FARC o la Oficina del Alto Comisionado para la Paz) no los abordaré aquí por falta de espacio y los dejo por ello para un próximo escrito.

Los medios como *una* parte del problema

No se puede sobredimensionar el papel de los medios en la producción de la información sobre un proceso de paz. Los medios no son los únicos agentes productores de información ni los únicos comunicadores de los distintos intereses y opiniones asociados a la paz o vinculados a la guerra en un conflicto armado interno. En el caso colombiano, y seguramente también en otras latitudes, hay que observar que los medios expresan y reflejan no sólo sus propias fortalezas

y fragilidades organizacionales, sino también las rigideces, intransigencias, dogmatismos, resentimientos históricos, o bien las buenas voluntades políticas y las aperturas mentales a soluciones negociadas, presentes en los distintos grupos sociales y actores colectivos participantes u opinantes alrededor del desarrollo y desenlace de las negociaciones de paz.

Tenemos así que la información y el clima de opinión en torno a un proceso de negociación son alimentados y producidos -además de por los medios- también y simultáneamente, por los negociadores gubernamentales y los voceros insurgentes en la mesa, y por grupos sociales como los políticos profesionales, el ejecutivo, el congreso, los empresarios, el estamento militar y policial, los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones sociales ligadas al movimiento por la paz. En Colombia, actores extrainstitucionales como los paramilitares también inciden en la conformación de opinión alrededor de los procesos de paz con la insurgencia, complejizando los procesos de producción social de la información sobre el conflicto y la negociación.

Es conveniente no olvidar aquí las funciones asumidas o no asumidas por estas otras instituciones en cuanto al proceso de paz para no descargar toda la responsabilidad de la comunicación del proceso de paz en los medios masivos comerciales. Sería conveniente formularse por ejemplo, las siguientes preguntas: ¿la Oficina del Alto Comisionado de Paz comunicó adecuadamente su política de paz a la sociedad? ¿los partidos políticos estructuraron producto de deliberaciones colectivas un pensamiento sobre la negociación y orientaciones a sus miembros y a la sociedad sobre cómo manejar ese proceso? ¿Las organizaciones sociales y particularmente las que trabajan en el movimiento por la paz concibieron y desarrollaron unas pautas de comunicación claras para transmitir a la sociedad sus perspectivas sobre el proceso?

Los medios como espacio clave en la producción de la información y la comunicación del conflicto armado y la negociación de paz

Relativizando la importancia de los medios en la comunicación del proceso de paz con el fin de ver también otras responsabilidades institucionales en la comunicación del mismo, no

pretendemos sin embargo, descargar a los medios masivos comerciales de sus responsabilidades en la comunicación y en la construcción de opinión favorable o desfavorable a la negociación y al diálogo. Los medios de comunicación comerciales constituyen quizás el escenario principal de la comunicación masiva del proceso de paz a la población. Prensa escrita, radio, revistas semanales de opinión, páginas especializadas en Internet, pero sobre todo la televisión, han sido los espacios donde se construyó la *visibilidad comunicativa masiva* del proceso de paz.

Cada uno de esos medios, con sus distintos públicos, lecturas preferenciales del conflicto y la negociación, y sus diferentes estratos sociales de influencia, jugó sin duda un determinado papel en la construcción de las representaciones y disposiciones anímicas de la población hacia el proceso. ¿Tuvieron siempre esos medios conciencia de las funciones y roles por ellos jugados y de su responsabilidad en la configuración de los climas de la opinión pública hacia el proceso?

El empobrecimiento del debate público y la ausencia de agendas en los medios para orientar el cubrimiento del conflicto y la negociación de paz

Colombia está viviendo un grave problema con su actual sistema de medios masivos y de información periodística consistente en el empobrecimiento del debate público sobre los grandes asuntos nacionales, en virtud de situaciones como la censura oficial en determinadas coyunturas; los intereses económicos y políticos de los grandes grupos económicos que controlan y monopolizan cada vez más los medios, determinando la orientación de la opinión; o las autocensuras de académicos y periodistas, funcionarios judiciales y sindicalistas, por la situación de intimidación y amenaza -efectiva o potencial- de los distintos actores armados, así como por la falta de garantías a la vida y la seguridad de los mismos en el ejercicio de sus profesiones. Es revelador del clima de autocensura cómo en muchas informaciones y análisis de la prensa diaria se han vuelto asunto de todos los días las expresiones: "el analista político que pidió no revelar su nombre..." "el funcionario consultado quien prefirió el anonimato..."

Otros indicadores del empobrecimiento del debate público tienen que ver con la farandulización de los noticieros televisivos y el sobredimensionamiento dentro de su estructura de la información deportiva. En ellos ha desaparecido la editorialización, que años atrás estuvo presente en los telediarios, están ausentes el análisis y la contextualización histórica de la noticia, e incluso géneros como la crónica y el reportaje tienen hoy día muy poca presencia.

En el cubrimiento de los sucesos informativos de la vida nacional desde los telediarios, está primando gravemente un periodismo de relación de hechos de orden público, presentados de manera inconexa y fragmentaria, privilegiando las escenas y situaciones dramáticas y las expresiones de dolor de las víctimas, que abundan en nuestro país y que constituyen hechos altamente “noticiables” desde las lógicas y rutinas ocupacionales de la profesión periodística. No hay información sobre las estrategias militares y políticas de los actores de la guerra, sobre sus proyecciones estratégicas en territorios y geografías regionales, sobre los aspectos tecnológicos y propiamente militares del conflicto armado interno, y menos sobre la economía política de la guerra y las maneras como ella explicaría el comportamiento de los actores armados.

En este periodismo televisivo de relación de hechos de orden público inconexos y caóticos ni siquiera se utilizan mapas del país y de sus regiones para ayudarle a los colombianos a comprender el curso diario de los hechos bélicos. Las víctimas de las masacres paramilitares o guerrilleras aparecen muchas veces sin identidades claras, sin nombres ni oficios, como meros datos estadísticos, y las notas periodísticas que cubren estos hechos de terror con frecuencia penetran poco en los móviles de los hechos y en su ubicación dentro de las estrategias políticas y militares de quienes los cometen.

Causa y consecuencia de este periodismo coyunturalista, dramático y sensacionalista, es la ausencia en los espacios noticiosos televisivos de una agenda temática propia con una jerarquía de temas y asuntos para el debate ciudadano, formulada desde sus equipos de trabajo y sobre todo desde sus directores y jefes de redacción.

Hay que reconocer sin embargo, en medio de este predominio del rating y del melodrama por encima del interés nacional y del equilibrio y la

responsabilidad social en la producción de la información sobre el conflicto y la negociación, los importantes esfuerzos e iniciativas adelantados desde la prensa escrita, particularmente desde las Unidades de Paz como también desde otras secciones, para complejizar y dar fondo histórico a la lectura ciudadana del conflicto, para ofrecerle a los lectores elementos de juicio acerca de cómo han sido los procesos de negociación de conflictos armados internos en otras latitudes y cómo se propiciaron o se dificultaron los procesos de aproximación entre las partes.

Pero este trabajo responsable, reflexivo, equilibrado, de orientación de la opinión para comprender una negociación de paz que se lleva a cabo en medio de la guerra, recibiendo inevitablemente todo el ruido y las percepciones negativas y pesimistas que ella genera en la población, nunca se asumió seriamente y responsablemente desde la información y opinión televisiva, desde sus directores y jefes de redacción.

Las omisiones desde los géneros y formatos de opinión

Otro problema estructural del sistema informativo actualmente operante en Colombia, es la reducción dramática de los espacios de opinión, sobre todo en radio y televisión, y que los pocos espacios de opinión y de debate político que se mantienen, se encuentran relegados a las altas horas de la noche, para las audiencias de noctámbulos o trasnochadores ocasionales.

La concentración de los medios de comunicación en manos de los grandes grupos económicos y financieros, la pérdida de audiencia de los canales televisivos 1 y A ante el auge de los canales privados RCN y Caracol, la desaparición del diario El Espectador como diario nacional y su adquisición por el grupo Santo Domingo, la nueva situación hegemónica del periódico El Tiempo casi como único espacio del periodismo de prensa escrita a nivel nacional, son factores que están incidiendo en la pérdida de pluralidad de voces en el sistema informativo y comunicativo colombiano, sin que queramos decir con esto que la situación anterior en cuanto a diversidad política y cultural en nuestro sistema de medios fuera la mejor.

Todo esto se tradujo, en el cubrimiento informativo y de opinión del proceso de paz, en la ausencia de muchas voces y de muchos temas que debieron haberse abordado. La voz de la

sociedad, de los ciudadanos comunes y corrientes, la de las organizaciones de la sociedad civil, particularmente la de las asociaciones y grupos articulados al movimiento por la paz y a la defensa de los derechos humanos (líderes y experiencias de "territorios de paz", por ejemplo), fue siempre marginal y esporádica en la información de los medios comerciales.

Es curioso, por ejemplo, la precaria o nula labor jugada por los medios comerciales en la divulgación y estímulo a la apropiación ciudadana de las normas del derecho internacional humanitario (DIH). Hemos tenido que sufrir los atentados de las FARC contra el embalse de Chingaza para que gracias a la acción comunicativa liderada por el alcalde de Bogotá Antanas Mockus, los medios empiecen a divulgar los bienes públicos intocables y protegidos por el DIH y ciertas normas inviolables aún en medio de la guerra.

Una divulgación masiva del DIH por parte de los medios masivos evitaría eventualmente muchos abusos de los actores armados contra la población civil en distintos lugares del territorio nacional, y podría estimular canales de comunicación y espacios de solidaridad y mutuo apoyo entre la población de Bogotá, las capitales departamentales y la de las regiones campesinas y de colonización.

El poco o nulo seguimiento crítico de la política gubernamental de paz

Con respecto a la política gubernamental de paz, no hubo nunca un seguimiento crítico y una clara fiscalización por parte de los medios y del periodismo, a las acciones y omisiones de quienes la manejaron. Un seguimiento crítico e independiente por parte del periodismo a la conducción gubernamental del proceso de paz tampoco tenía que reducirse, como muchas veces lo hizo, a darle la voz a los críticos de derecha y a los enemigos acérrimos y declarados de la negociación política en los partidos o en el congreso.

Sin sugerir que estas voces debieron ser ignoradas, hay que anotar que con respecto al proceso de paz, la crítica generalmente recayó sobre la falta de voluntad política de la insurgencia para sentarse seriamente a negociar en la mesa (crítica por lo demás válida), pero muy poco se abordaron las insuficiencias y falta de compromiso del gobierno con un proyecto serio y

coherente de paz y de país posconflicto, más allá de la retórica y la indudable buena voluntad del presidente Pastrana hacia la paz.

No hubo una crítica a fondo sobre una serie de aspectos que evidenciaban la ausencia de un proyecto gubernamental conducente a una senda clara de reconciliación nacional: la falta de garantías para la actividad sindical, periodística, judicial, para la política de oposición o de defensa de los derechos humanos, en un país con el más alto índice de asesinatos de líderes sindicales y periodistas en el mundo (¿quién se va a embarcar seriamente en un proceso de paz sin garantías para la vida y la seguridad personal y familiar?); el no diseño de una política civil y militar de protección a la población civil en medio del conflicto; la carencia de liderazgo con respecto a una reforma política de fondo; la falta de una política eficaz y de participación ciudadana contra la corrupción oficial y los delitos de cuello blanco; la fragmentaria representatividad social de los negociadores gubernamentales; la ausencia de una política de empleo; las tensiones permanentes entre el ejecutivo y el estamento militar alrededor de la política de negociación y de la zona de despeje; la falta de una política militar unificada y de liderazgo del poder civil sobre el estamento militar alrededor de un discurso único y una política coherente y estratégica de paz.

Seguramente esta falta de problematización del proceso de negociación y de las complejas tareas sociales y gubernamentales necesarias para obtener la paz, contribuyó también a sembrar en la opinión pública un cierto facilismo y unas expectativas falsas sobre la paz como algo fácil y rápido de lograr. Creo que hacia el futuro habría que evitar la creación de esas expectativas facilistas y ayudarle a la opinión a construir visiones complejas de los senderos de la reconciliación. De lo contrario, seguiremos como opinión pública fluctuando de manera ciclotímica entre la euforia y el desencanto con la paz, sin una capacidad de aprender colectivamente de las experiencias del pasado.

La puesta en escena sensacionalista y melodramática del conflicto y la negociación en los propios formatos de opinión

Los géneros de opinión en los espacios televisivos, los cuales debieron haber ofrecido a la sociedad elementos de juicio para digerir la complejidad de la negociación en medio de la

confrontación militar y haber dado fondo, contexto histórico y comparativo internacional a sus audiencias, optaron muchas veces por el sensacionalismo y el melodrama en la escogencia de sus temas y maneras de abordar el proceso de paz y de negociación y situaciones conexas con él, como el secuestro de niños por la guerrilla o la muerte -afectado por un cáncer- del niño Andrés Felipe, sin poder ver a su padre, un oficial retenido por la guerrilla.

Esos hechos noticiosos, que por supuesto no podían no ser abordados por los medios y el periodismo, muchas veces fueron asumidos como verdaderas cruzadas mediáticas sin medir los efectos contraproducentes de esas campañas con respecto a los fines buscados (la liberación de los niños secuestrados o del padre de Andrés Felipe) y los potenciales impactos negativos sobre los climas de opinión y estados de ánimo de la población con respecto al apoyo a la negociación de paz.(1)

El estímulo de actitudes viscerales y condenatorias hacia la insurgencia, versus la necesidad de su interpelación crítica y argumentada

Los medios tienen que tener cuidado con las pasiones y estados de ánimo que propician y alimentan con sus mensajes y puestas en escena de los conflictos. Ya los propios abusos de la insurgencia (extorsión, secuestros, boleteo, asesinatos o muertes de secuestrados en cautiverio) han creado por sí solos en sus víctimas y familiares dolores, actitudes visceralmente antiguerrilleras o intenciones de retaliación y de venganza.

Tratamientos de sucesos informativos como el caso del niño Andrés Felipe, convertido en una verdadera cruzada, y otros similares que se construyeron desde los medios masivos durante los tres años largos del proceso, mostraron dificultades en el periodismo para trascender cierta lógica primaria de condena y de juzgamiento mediáticos al interlocutor guerrillero, comunicativamente bastante ineficaz para las necesidades de acercamiento entre las partes y de avance de la negociación.

Creo que en cuanto al papel del periodismo en la interpelación crítica a la insurgencia en medio de una negociación política -y esto es conveniente tenerlo en cuenta hacia el futuro cuando soplen de nuevo vientos de paz y de negociación-, requerimos trascender la acusación muchas

veces moralista y facilista, desde un cierto sentido común elemental y básico de condena al guerrillero, para configurar una *capacidad de interpelación ética y política* al accionar insurgente que antes que condenarlo, le siembre cuestionamientos y dudas en torno a su militarismo, su falta de visión política, sus cercanías con la delincuencia común, sus rigideces ideológicas y anacronismos doctrinarios y le ayude a acercarse a una comprensión fresca y menos acartonada de este país: de sus nuevas generaciones, sus valores, dilemas e ideales; de la complejidad cultural y política de los contextos urbanos y metropolitanos; de las transformaciones en el plano internacional, etcétera. Interpelación inteligente, que supone diálogo y respeto por el otro, y no simplemente acorralamiento o la lógica del ajuste de cuentas a la hora de la entrevista al líder insurgente.

Sugerencias finales a título de cierre

- La sociedad colombiana requiere como nunca, en una coyuntura compleja de erosión de la institucionalidad y de desintegración política y social, recuperar y fortalecer los espacios públicos mediáticos de discusión y propuesta ciudadana. Una pauta saludable de política pública podría ser la exigencia de ubicar los programas de opinión en horarios Triple A como una decisión de apoyo al fortalecimiento de una cultura cívica sobre la base del acceso ciudadano a información calificada sobre los problemas nacionales y los temas álgidos de la coyuntura. En un país que atraviesa por una situación tan grave como la que vivimos, es importante que la información tenga un lugar de preferencia dentro del sistema comunicativo y que llegue a sus habitantes en horarios de alta sintonía y no a las 11:30 o 12:00 de la noche, cuando buena parte de la población está ya fuera de la televidencia.
- Una contribución importante para un futuro clima de paz y de reconciliación nacional y para facilitar una mejor comprensión de la sociedad colombiana contemporánea no sólo por los actores de la guerra, podría hacerse a través de esfuerzos de ampliación de la representación mediática de la diversidad política y cultural del país. El ejercicio multicultural de la ciudadanía, la construcción

de democracia y de nación en contextos de diversidad política y cultural, será posible si ampliamos la capacidad y la disposición de los medios de comunicación para dar cuenta de esa diversidad regional, local, étnica, religiosa, lingüística, generacional, etárea, sexual, de género, de la sociedad colombiana de hoy: ¿Están contribuyendo nuestros medios de comunicación a generar conciencia acerca de nuestra diversidad y de la riqueza interpretativa, valorativa y existencial que ella supone? ¿Estamos construyendo una experiencia cultural sobre la base de una memoria compleja y plural acerca del país y de su historia pasada y reciente? ¿Hemos avanzado en la práctica de construcción de representaciones y cogniciones sociales desde los medios de comunicación en una materialización del espíritu pluralista y multicultural de la Carta Constitucional de 1991? Específicamente, ¿hemos avanzado en dirección al reconocimiento de nuestra pluralidad político-ideológica? (2) Creo que éstas son preguntas importantes con miras a crear un sistema comunicativo más abierto e interactivo, y más proclive a reconocimientos mutuos, encuentros y consensos básicos entre los colombianos, y más favorable por ende a la construcción de perspectivas y miradas sobre la comunicación y los medios menos instrumentales y dirigistas.

- Tal vez uno de los retos fundamentales para el periodismo colombiano es el de redefinir o reinventar el concepto de noticia,(3) desde una mayor conciencia de su responsabilidad social como productores de la realidad social y de imaginarios colectivos, y desde una comprensión de ciertos equilibrios básicos de los cuales precisa hoy el sistema informativo y comunicativo para cubrir con sentido de construcción de país y de futuro colectivo, los sucesos y procesos de la vida nacional:

equilibrios entre muerte y vida; entre destrucción y construcción; y entre desesperanza y sentido de futuro.

- A esa redefinición del concepto de noticia puede contribuir el diálogo con la academia, cuyo conocimiento estructural de los problemas regionales, nacionales y globales, antes que ser un lastre y un pesado fardo para el periodismo, podría ser una fuente para la innovación temática, el desarrollo de los procesos de investigación en la profesión y el enriquecimiento del saber periodístico. (No sobra recordar aquí -sobre todo ante ciertos ensimismamientos y autosuficiencias de la academia- que hay *también* un saber periodístico, así como hay distintos saberes sociales en cualquier sociedad y que el conocimiento académico no necesariamente es *el saber* o el único saber legítimo en la sociedad).
- Quisiera decir, además, en la línea de la posibilidad de los medios masivos de estimular comportamientos pro-sociales y actitudes de solidaridad y empatía entre distintos grupos de la sociedad, como componentes activos de la construcción de un *orden social*,(4) los medios de comunicación y los periodistas deberían prestar especial y sistemática atención a la recuperación del valor de la vida en nuestro país. Pensar estrategias y disposiciones institucionales para avanzar en esa dirección, básica para iniciar un rediseño democrático y pacífico del país, pero también la reconstrucción de la autoimagen y la consideración de nosotros mismos como colectividad.

Bogotá, marzo 2002.

NOTAS

1. Sobre el cubrimiento del caso del niño Andrés Felipe véase la opinión del analista mexicano Carlos Monsiváis invitado como ponente central a la conferencia internacional "Los medios informativos en peligro", organizada por la Asociación Mundial de Periódicos (WAN), la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación de Diarios Colombianos (Andiarios) el viernes 22 de marzo de 2002 en Bogotá, Entrevista a Carlos Monsiváis, El Tiempo, sábado 23 de marzo de 2002

2. Sobre la relación entre los medios de comunicación y la diversidad, véase “Quinta parte. La diversidad”, en Mc Quail, Denis, La acción de los medios. Los medios de comunicación y el interés público, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1998. Sobre la diversidad de memorias en Colombia, el diálogo entre ellas y la relación entre la dominación y la resistencia y la presencia hegemónica o subordinada de distintas memorias, puede consultarse el trabajo de Marta Zambrano y Cristóbal Gnecco (editores), Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia-Universidad del Cauca-Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000
3. Véase la interesante entrevista donde Maxwell Mc Combs, teórico de la *agenda setting function* (papel de los medios en el establecimiento de la agenda temática), plantea esta demanda: “Entrevista a Maxwell Mc Combs ‘Hay que reinventar el concepto de noticia’ ” (mimeo), sin fecha ni lugar.
4. Véase al respecto: McQuail, Denis, “Séptima parte. Medios masivos, orden y control social”, en Mc Quail, Denis, Op.Cit.

*** Fabio López de la Roche.** *Historiador y analista cultural y de medios masivos. Director Instituto de Estudios en Comunicación -IECO Universidad Nacional de Colombia.*